

Publicado en la antología de cuento breve Gula, editorial Benma

El estofado de la abuela

Matías había invertido gran parte de su vida en la investigación de los sabores, la combinación de texturas, condimentos, especias y todo lo que conlleva el arte culinario. Quería recuperar la cocina de su abuela olvidada en el pasado de su infancia. No podía recurrir a ella porque había muerto hacía años enloquecida por la situación de pobreza extrema que padecían, por lo que fue encerrada en el manicomio provincial, cuando él tenía ocho años. En su memoria aún guardaba el sabor de sus estofados, como el que le preparó el día en que los alguaciles se la llevaron detenida. Recordaba a su abuela enmanillada y su risa siniestra, preludio del camino sin retorno de una mente desquiciada. Si ella había conseguido sabores como los que creó, entonces estaba claro que con muy poco se podía conseguir mucho.

Recordaba a la señora de los Servicios Sociales. Él y su hermano mayor pasaron el resto de su infancia en el Centro de Protección de Menores donde, lo único positivo que obtuvo, fue el poder cursar estudios de cocina hasta convertirse en el chef que era en la actualidad. Su obsesión por recuperar los sabores de su niñez despertaron un espíritu investigador que le llevó a aprender a combinar distintas texturas y aromas para crear sutilezas que eran verdadera ambrosía.

La relación con Ramón, su hermano mayor, era distante. Nunca congeniaron y durante años Matías soportó su menosprecio por su afición a la cocina, pero hoy los esperaba a él y a Encarna, su alcohólica mujer: Ramón le dijo que iba a resolver un misterio.

A las ocho de la noche, se presentó Ramón portando una bolsa.

—Buenas noches, hermanito. Hoy voy a acabar con tu obsesión.

—Pasa Ramón ¿vienes solo?

Ramón, sin responder, continuó hasta la cocina y sacó un tupperware que depositó sobre la mesa mientras le conminaba a sacar un plato para deleitarse con lo que le había traído. Matías, con cierta desgana, accedió. Nada más quitarle la tapa, le invadió un aroma sorprendente; el estofado de su abuela. Con la emoción apenas

contenida, fue al estante y sacó un plato. Le insinuó a Ramón si quería uno para él, aunque confiando en que no aceptara.

—Es todo para ti, ¡disfrútalo!

La primera cucharada desató la histeria entre sus papilas gustativas. La sensación era tan intensa que le dolía la boca. Se concentró en la textura de aquella carne, el aroma a especia, el líquido oleoso en el punto justo de sal y ligeramente picante. Se recostó sobre el respaldo de la silla mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—¿Cómo cojones has conseguido lo que yo nunca conseguí, a pesar de miles de horas invertidas?

—¿Te gusta mi mujer?

“Un pregunta absurda para desviar la conversación”, pensó. Mientras mojaba pan en aquella salsa, Matías continuó insistiendo:

—¡Dímelo Ramón, desde cuándo sabes hacer el estofado de la abuela!

—Desde siempre. Yo la ayudaba en todo, en la búsqueda de los ingredientes, en la preparación. Tu solo te limitabas a saborear los resultados.

Cuando estaba repasando con pan el último rincón del plato, Ramón le reveló el secreto:

—Nunca lo supiste, eras el pequeño y te sobreprotegían, pero ya estoy harto de tu mirada de superioridad.

—No te comprendo, ¿qué te pasa?, ¿de qué hablas?

—Nos comimos al vecindario. La gente desaparecía sin que nadie encontrara una explicación. La abuela, sola en el mundo con dos niños a los que alimentar y sin recursos, encontró una deliciosa solución

—Mientras un eructo le subía desde el estómago, Matías miró el plato vacío y comprendió, de golpe, la extraña pregunta de Ramón.